

I. LA ORACIÓN ES ESENCIAL PARA DIOS

«Entonces clamarás, y el Señor responderá; gritarás, y él dirá: Heme aquí. Versículo 14: Entonces te deleitarás en el Señor; y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra, y te daré a comer la heredad de Jacob tu padre; porque la boca del Señor lo ha hablado» (Isaías 58:9).

Nunca debe olvidarse que el Dios Todopoderoso gobierna este mundo. No es un Dios ausente. Su mano está siempre en el acelerador de los asuntos humanos. Está presente en todas partes en los asuntos del tiempo. «Sus ojos miran, sus párpados prueban a los hijos de los hombres». Gobierna el mundo tal como gobierna la Iglesia mediante la oración. Esta lección necesita ser enfatizada, reiterada y re-reiterada en los oídos de los hombres de los tiempos modernos y aplicada con fuerza acumulativa a las conciencias de esta generación cuyos ojos no tienen visión para las cosas eternas, cuyos oídos son sordos hacia Dios.

Nada es más importante para Dios que la oración en su trato con la humanidad. Pero es igualmente de suma importancia para el hombre orar. La falta de oración es fracaso en toda la línea de la vida. Es fracaso del deber, del servicio y del progreso espiritual. Dios debe ayudar al hombre mediante la oración. Quien no ora, por lo tanto, se priva a sí mismo de la ayuda de Dios y coloca a Dios donde no puede ayudar al hombre. El hombre debe orar a Dios si ha de existir el amor por Dios. La fe y la esperanza, y la paciencia y todas las fuerzas fuertes, hermosas y vitales de la piedad están marchitas y muertas en una vida sin oración. La vida del creyente individual, su salvación personal y sus gracias cristianas personales tienen su ser, florecimiento y fruto en la oración.

Todo esto y mucho más puede decirse en cuanto a la necesidad de la oración para el ser y el cultivo de la piedad en el individuo. Pero la oración tiene una esfera más amplia, un deber más obligado, una inspiración más elevada. La oración concierne a Dios, cuyos propósitos y planes están condicionados por la oración. Su voluntad y su gloria están ligadas a la oración. Los días del esplendor y la fama de Dios siempre han sido los grandes días de oración. Los grandes movimientos de Dios en este mundo han sido condicionados, continuados y

moldeados por la oración. Dios se ha puesto a sí mismo en estos grandes movimientos justo como los hombres hanorado. La oración presente, prevaleciente, conspicua y dominante siempre ha traído a Dios para estar presente. La prueba real y obvia de una obra genuina de Dios es la prevalencia del espíritu de oración. Las fuerzas más poderosas de Dios sobrecargan e impregnan un movimiento cuando las fuerzas más poderosas de la oración están allí.

El movimiento de Dios para sacar a Israel de la esclavitud egipcia tuvo su inicio en la oración. Tan temprano Dios y la raza humana establecieron el hecho de la oración como una de las fuerzas graníticas sobre las cuales habrían de basarse sus movimientos en el mundo.

La petición de Ana por un hijo comenzó un gran movimiento de oración por Dios en Israel. Las mujeres que oran, cuyas oraciones como las de Ana pueden dar a la causa de Dios hombres como Samuel, hacen más por la Iglesia y el mundo que todos los políticos de la tierra. Los hombres nacidos de la oración son los salvadores del estado, y los hombres saturados de oración dan vida e impulso a la Iglesia. Bajo Dios son salvadores y ayudadores tanto de la Iglesia como del estado.

Debemos creer que el registro divino de los hechos acerca de la oración y de Dios se da para que seamos constantemente recordados de Él, y seamos siempre refrescados por la fe de que Dios sostiene a su Iglesia para el mundo entero, y que el propósito de Dios se cumplirá. Sus planes concernientes a la Iglesia se llevarán a cabo de la manera más segura e inevitable. Ese registro de Dios se ha dado sin duda para que quedemos profundamente impresionados de que las oraciones de los santos de Dios son un gran factor, un factor supremo, en llevar adelante la obra de Dios, con facilidad y a tiempo. Cuando la Iglesia está en la condición de oración, la causa de Dios siempre florece y su reino en la tierra siempre triunfa. Cuando la Iglesia deja de orar, la causa de Dios decae y prevalece el mal de todo tipo. En otras palabras, Dios obra mediante las oraciones de su pueblo, y cuando estos le fallan en este punto, sobrevienen la decadencia y la muerte espiritual. Es conforme a los planes divinos que la prosperidad espiritual venga por el canal de la oración. Los santos que oran son los agentes de Dios para llevar a cabo su obra

salvadora y providencial en la tierra. Si sus agentes le fallan, negándose a orar, entonces su obra fracasa. Los agentes orantes del Altísimo son siempre precursores de la prosperidad espiritual.

Los hombres de la Iglesia de todas las épocas que han sostenido la Iglesia para Dios han tenido en abundante plenitud y riqueza el ministerio de la oración. Los gobernantes de la Iglesia que las Escrituras revelan han tenido preeminencia en la oración. Eminentes, pueden haber sido, en cultura, en intelecto y en todas las fuerzas naturales o humanas; o pueden haber sido humildes en logros físicos y dones naturales; sin embargo, en cada caso la oración fue la fuerza todopoderosa en el gobierno de la Iglesia. Y esto fue así porque Dios estaba con ellos y en lo que hacían, pues la oración siempre nos lleva de vuelta a Dios. Reconoce a Dios y trae a Dios al mundo para obrar y salvar y bendecir. Los agentes más eficientes en diseminar el conocimiento de Dios, en proseguir su obra sobre la tierra, y en mantenerse como rompeolas contra las olas del mal, han sido los líderes de la Iglesia que oran. Dios depende de ellos, los emplea y los bendice.

La oración no puede ser relegada como una fuerza secundaria en este mundo. Hacerlo es retirar a Dios del movimiento. Es hacer a Dios secundario. El ministerio de la oración es una fuerza que todo lo absorbe. Debe serlo, para ser una fuerza en absoluto. La oración es el sentido de la necesidad de Dios y el llamado a la ayuda de Dios para suplir esa necesidad. La estima y el lugar de la oración es la estima y el lugar de Dios. Dar a la oración el lugar secundario es hacer a Dios secundario en los asuntos de la vida. Sustituir otras fuerzas por la oración, retira a Dios y materializa todo el movimiento.

La oración es una necesidad absoluta para el debido desarrollo de la obra de Dios. Dios lo ha hecho así. Esta debe haber sido la razón principal por la cual en la Iglesia primitiva, cuando surgió la queja de que las viudas de ciertos creyentes habían sido desatendidas en la administración diaria de las beneficencias de la Iglesia, los doce convocaron a los discípulos y les dijeron que buscaran a siete hombres, «llenos del Espíritu Santo y de sabiduría», a quienes nombrarían sobre esa obra benéfica, añadiendo esta importante declaración: «Pero nosotros perseveraremos en la oración y en el ministerio de la Palabra». Sin duda

comprendieron que el éxito de la Palabra y el progreso de la Iglesia dependían en un sentido preeminente de que ellos «se entregaran a la oración». Dios podía obrar eficazmente a través de ellos en la medida en que se entregaran plenamente a la oración.

Los Apóstoles dependían de la oración tanto como las demás personas. La obra sagrada —las actividades de la Iglesia— puede ocuparnos y absorbernos de tal manera que impida la oración, y cuando este es el caso, siempre siguen resultados malignos. Es mejor dejar que la obra se pierda por defecto que dejar que la oración se pierda por negligencia. Todo lo que afecta la intensidad de nuestra oración afecta el valor de nuestra obra. «Demasiado ocupado para orar» no es solo la clave de la apostasía, sino que incluso echa a perder la obra realizada. Nada se hace bien sin la oración por la sencilla razón de que deja a Dios fuera de la cuenta. Es tan fácil ser seducido por lo bueno para descuidar lo mejor, hasta que tanto lo bueno como lo mejor perecen. ¡Con cuánta facilidad pueden los hombres, incluso los líderes en Sion, ser llevados por las insidiosas artimañas de Satanás a acortar nuestra oración en aras de la obra! ¡Qué fácil es descuidar la oración o abreviar nuestro orar simplemente con la excusa de que tenemos obra de la Iglesia entre manos! Satanás nos ha desarmado eficazmente cuando puede mantenernos demasiado ocupados haciendo cosas como para detenernos y orar.

«Perseveremos en la oración y en el ministerio de la palabra». La Versión Revisada lo expresa así: «Perseveraremos en la oración». La implicación de la palabra usada aquí significa ser fuerte, firme, estar dedicado a, mantenerse en ello con cuidado constante, hacer de ello un negocio. Encontramos la misma palabra en Col. 4:12, y en Romanos 12:12, que se traduce: «Perseverando en la oración».

Los Apóstoles estaban bajo la ley de la oración, ley que reconoce a Dios como Dios, y depende de Él para hacer por ellos lo que no haría sin la oración. Estaban bajo la necesidad de la oración, tal como lo están todos los creyentes, en toda época y en todo lugar. Tenían que estar dedicados a la oración para hacer eficaz su ministerio de la Palabra. El negocio de la predicación vale muy poco si no está en asociación directa con el negocio de la oración. La predicación apostólica no

puede llevarse a cabo a menos que haya oración apostólica. ¡Ay, que esta verdad tan clara haya sido olvidada tan fácilmente por quienes ministran en las cosas santas! Sin hacer crítica alguna al ministerio, sentimos que es ya tiempo de que alguien declare a sus miembros que la predicación eficaz está condicionada por la oración eficaz. La predicación que tiene más éxito es aquel ministerio que tiene mucho de oración en él.

Quizás uno podría ir tan lejos como para decir que es el único tipo que tiene éxito. Dios puede usar poderosamente al predicador que ora. Él es el mensajero escogido de Dios para el bien, a quien el Espíritu Santo se complace en honrar, el agente eficaz de Dios para salvar a los hombres y edificar a los santos.

En Hechos 6:1-8 tenemos el registro de cómo, hace mucho tiempo, los Apóstoles sintieron que estaban perdiendo —habían perdido— el poder apostólico porque no tenían alivio de ciertos deberes con el fin de entregarse más a la oración. Así que hicieron un alto porque descubrieron con pesar que eran demasiado deficientes en la oración. Sin duda mantenían la forma de orar, pero era seriamente defectuosa en intensidad y en cuanto a la cantidad de tiempo dedicado a ella. Sus mentes estaban demasiado preocupadas por las finanzas de la Iglesia. Así como en este día encontramos en muchos lugares tanto a laicos como a ministros tan ocupados en «servir a las mesas», que son notablemente deficientes en la oración. De hecho, en los asuntos de la Iglesia actual, los hombres son considerados religiosos porque dan generosamente de su dinero a la Iglesia, y los hombres son elegidos para posiciones oficiales no porque sean hombres de oración, sino porque tienen la capacidad financiera para administrar las finanzas de la Iglesia y conseguir dinero para la Iglesia.

Ahora bien, estos Apóstoles, al examinar este asunto, determinaron dejar de lado estos obstáculos que surgían de las finanzas de la Iglesia, y resolvieron «entregarse a la oración». No que estas finanzas debieran ser ignoradas o dejadas de lado, sino que se podían encontrar laicos ordinarios, «llenos de fe y del Espíritu Santo», hombres verdaderamente religiosos, que podían atender fácilmente este asunto del dinero sin afectar en lo más mínimo su piedad ni su oración, dándoles así algo que hacer en la Iglesia, y al mismo tiempo quitando la

carga de los Apóstoles, quienes ahora podrían orar más, y orando más, ser bendecidos ellos mismos en su alma, y al mismo tiempo hacer más eficazmente la obra a la que habían sido llamados.

Comprendieron, también, como no lo habían comprendido antes, que estaban siendo tan apremiados por la atención a las cosas materiales, cosas rectas en sí mismas, que no podían dar a la oración esa fuerza, ardor y tiempo que su naturaleza e importancia exigían. Y así descubriremos, bajo un estrecho escrutinio de nosotros mismos algunas veces, que cosas legítimas, cosas rectas en sí mismas, cosas dignas de encomio, pueden absorber tanto nuestra atención, preocupar tanto nuestras mentes y atraer tanto nuestros sentimientos, que la oración puede ser omitida, o al menos muy poco tiempo puede ser dado a la oración. ¡Qué fácil es escabullirse del aposento secreto! Incluso los Apóstoles tuvieron que guardarse en ese punto. ¡Cuánto necesitamos cuidarnos nosotros en el mismo lugar! Las cosas legítimas y rectas pueden volverse malas cuando ocupan el lugar de la oración. Las cosas rectas en sí mismas pueden convertirse en cosas malas cuando se les permite aferrarse desordenadamente a nuestros corazones. No son solo las cosas pecaminosas las que dañan la oración. No son solo las cosas cuestionables contra las que hay que guardarse. Sino que son cosas que son rectas en su lugar, pero a las que se les permite desviar la oración y cerrar la puerta del aposento secreto, a menudo con el pretexto de autocomplacencia de que «estamos demasiado ocupados para orar».

Posiblemente esto ha tenido tanto que ver con el quebrantamiento de la oración familiar en esta era como cualquier otra causa. Es en este punto donde la religión familiar ha decaído, y justo aquí hay una causa del declive de la reunión de oración. Hombres y mujeres están demasiado ocupados con cosas legítimas para «entregarse a la oración». A otras cosas se les da el derecho de paso. La oración es dejada de lado o hecha secundaria. Los negocios van primero. Y esto no significa siempre que la oración sea segunda, sino que la oración es puesta enteramente fuera. Los Apóstoles apuntaron directamente a este punto, y determinaron que incluso los negocios de la Iglesia no debían afectar sus hábitos de oración. La oración debe ir primero. Entonces serían en hecho y en verdad los

agentes reales de Dios en Su mundo, a través de quienes Él podría obrar eficazmente, porque eran hombres que oraban, y así se ponían directamente en línea con Sus planes y propósitos, que era que Él obra a través de hombres que oran.

Cuando la queja llegó a sus oídos, los Apóstoles descubrieron que lo que habían estado haciendo no servía plenamente a los fines divinos de paz, gratitud y unidad, sino que el descontento, las quejas y la división eran el resultado de su obra, que tenía demasiado poca oración en ella. Y así la oración fue puesta prominentemente al frente.

Los hombres que oran son una necesidad para llevar a cabo el plan divino para la salvación de los hombres. Dios lo ha dispuesto así. Él es quien estableció la oración como una ordenanza divina, y esto implica que los hombres han de orar. De modo que los hombres que oran son una necesidad en el mundo. El hecho de que tan a menudo Dios haya empleado hombres de oración para cumplir Sus fines prueba claramente la proposición. Es del todo innecesario nombrar todas las instancias en que Dios usó las oraciones de hombres justos para llevar a cabo Sus designios llenos de gracia. El tiempo y el espacio son demasiado limitados para la lista. Sin embargo, uno o dos casos podrían ser mencionados. En el caso del becerro de oro, cuando Dios se propuso destruir a los israelitas a causa de su gran pecado de idolatría, en el tiempo en que Moisés estaba recibiendo la ley de manos de Dios, el ser mismo de Israel estaba en peligro, pues Aarón había sido arrastrado por la fuerte corriente popular de incredulidad y pecado. Todo parecía perdido excepto Moisés y la oración, y la oración se volvió más eficiente y obradora de maravillas en favor de Israel que la vara mágica de Aarón. Dios estaba determinado a la destrucción de Israel y de Aarón. Su ira se encendió. Era una hora temible y crítica. Pero la oración fue el dique que contuvo la furia devastadora del cielo. La mano de Dios fue detenida por la intercesión de Moisés, el poderoso intercesor.

Moisés estaba decidido a librar a Israel. Fue con él una larga y exhaustiva lucha de oración por cuarenta días y cuarenta noches. Ni por un momento aflojó su agarre de Dios. Ni por un momento abandonó su lugar a los pies de Dios, ni

siquiera por comida. Ni por un momento moderó su demanda o suavizó su clamor. La existencia de Israel estaba en la balanza. La ira del Dios Todopoderoso debía ser detenida. Israel debía ser salvado a toda costa. E Israel fue salvado. Moisés no dejó a Dios en paz. Y así, hoy, podemos mirar atrás y atribuir la existencia de la presente raza de los judíos a la oración de Moisés siglos atrás.

La oración perseverante siempre vence; Dios cede a la importunidad y a la fidelidad. No tiene corazón para decir No a una oración como la de Moisés. De hecho, el propósito de Dios de destruir a Israel es cambiado por la oración de este hombre de Dios. Es solo una ilustración de cuánto vale un solo hombre que ora en este mundo, y cuánto depende de él.

Cuando Daniel, en Babilonia, se negó a obedecer el decreto del rey de no pedir petición alguna a ningún dios ni hombre por treinta días, cerró sus ojos al decreto que lo apartaría de su cuarto de oración, y se negó a ser disuadido de invocar a Dios por temor a las consecuencias. Así que «se arrodilló sobre sus rodillas tres veces al día», y oró como lo había hecho antes, dejándolo todo en manos de Dios en cuanto a las consecuencias de desobedecer así al rey.

No había nada impersonal en la oración de Daniel. Siempre tenía un objetivo, y era una apelación a un gran Dios, que podía hacer todas las cosas. No había mimo de sí mismo, ni atención a influencias subjetivas o reflejas. Frente al terrible decreto que ha de precipitarlo desde su lugar y poder, al foso de los leones, «se arrodilló sobre sus rodillas tres veces al día, y dio gracias a Dios como antes». El gracioso resultado fue que la oración puso sus manos sobre un brazo Todopoderoso, que interpuso en aquel foso de leones viciosos y crueles y cerró sus bocas y preservó a Su siervo Daniel, que había sido fiel a Él y que había clamado a Él por protección. La oración de Daniel fue un factor esencial para derrotar el decreto del rey y para confundir a los gobernantes malvados y envidiosos, que habían puesto la trampa a Daniel para destruirlo y quitarlo del lugar y del poder en el reino.